



Casa de Muñeca

—
DOBLE VIDA

Piú la vita é costretta
Piú é alta
Piú s'innalza
E piú diventa dura.

{A mi amiga T. C. G.}

En Casa de Muñeca Ibsen formula con el coraje propio de los grandes creyentes capaces de ir al martirio, el problema obscuro de la vida transcendental en pugna con la vida transitoria.

Si el poeta noruego provocó una revolución con su pieza, yo también afronto las iras que se desencadenen con mi artículo, creyéndome pagada de sobra si me comprenden aquellos que alguna vez han sentido palpitar en el fondo de sí mismos un «yo» más profundo y más grande que el que circula con determinado nombre en el mundo!

Esos pocos que han vivido en aquel «yo» secreto de que el humano es vil máscara, los que conocen al testigo oculto que nos ve agitarnos en la vida con olímpico desdén, comprenderán el problema que el dramaturgo del norte desarrolla con extraña videncia en una de tantas almas de mujeres.

Nora encarna el tipo de los seres que viven su doble vida en un escenario frívolo que no sospecha su interioridad, al lado de un hombre que la ama como mujer, ignorando su alma, extraño a su espíritu, orgulloso de la dignidad y de la importancia que cree dar a su casa.

El abogado Helmer no sabe que aquella niña, que lo divierte y que lo encanta, es consciente de una vida mucho más honda y más amplia que la que él ha podido vislumbrar en su orgullo vano.

La obra ha encontrado inmensa repercusión en el mundo, porque dió forma en el teatro á la historia recóndita pero frecuente que se vive en el alma de tantas mujeres, oprimidas por la vulgaridad del medio, aplastadas por prejuicios, esclavizadas por convencionalismos que las convierten en otras tantas muñecas de salon.

Y esas pobres criaturas desterradas de los pensamientos grandes, excluidas de las responsabilidades, excomulgadas de los afectos, están viviendo, sin embargo, más arriba y más adentro de lo que jamás imaginan sus déspotas opresores.

Existe un dolor que yo descubro por donde quiera que voy,—ya que cada cual tiene la sensibilidad de la equivalencia,—es decir, que sólo somos capaces de apercibirnos en los otros de aquello mismo que llevamos dentro. Ese dolor lo he sorprendido en muchos rostros de mujeres que recogen siempre halagos á su paso, dolor que se marca por una leve contracción del semblante al escuchar frases como ésta: ¡qué niña tan divertida! Contracción en que la mujer de adentro protesta contra la muñeca de afuera, sintiendo que se le infiere una prostitución moral al reconocerle las cua-

lidades frívolas que son la careta de la profundidad incomunicable que le sella el alma como una lápida de piedra...

¡Ser divertida! cantar como pájaro y devorarse á solas los problemas árdulos, las dudas terribles, los desengaños crueles!

¡Ser graciosa! hacer reír á los otros y llorar consigo misma, dar alegría y quedarse con su dolor solitario! Si puede haber una ironía más cruel, una mascarada más irritante, una tristeza más desolada!

Ibsen en *Casa de Muñeca*, ha tirado la careta que cubre tantos rostros de mujeres, que á fuerza de ser almas intensas, tienen que reducirse á la calidad de muñecas vulgares. Ha logrado mostrar á esas almas que por vivir tan adentro y tan alto, permanecen indiferentes á las cosas que son grandes en el mundo.

Sucede entonces que los seres que viven *el acontecimiento humano*, al encontrarlas, siempre ausentes de ese terreno y no pudiendo ir con ellas más lejos, las rebajan al estado de seres inferiores incapaces de compartir lo serio ni lo grande!

La mujer cuando no está encadenada de alma o emparedada de corazón, alcanza en su natural intuición tan altas cumbres espiri-

tuales, que se incapacita por eso mismo para sentir ó comprender lo que el hombre llama sus grandes problemas, ya sean nacionales, políticos ó económicos... problemas pequeñísimos todos ellos ante los que abre á nuestra perspectiva íntima el océano interior con sus fulguraciones magníficas.

Al sentir el hombre que su compañera no comparte sus singulares ideas sobre el honor que se lava con sangre, ó sobre la importancia del alza ó de la baja del cambio, la reduce á ser su cosa, su instrumento, su juguete.

Ella no puede, por el contrario, hacerlo participar de sus luces, de sus inspiraciones, de sus videncias y abrumada por el peso de esa superioridad tan demostrable y tan razonable con que aplasta sus pretendidas quimeras, acaba quizás por creerse víctima de sus ensueños.

Pero este engaño, ó esta lucha, dura lo que tarda la mujer en tomar posesión de sí misma ... en sentir que si nada viene de afuera, todo, en cambio, está adentro.... que si bajo de nosotras ninguna mano se tiende para sostenernos, muchos brazos de arriba se alargan para levantarnos...

Todo está en saber encontrar ese minuto

de serenidad interior, que hace afrontar la vida y poner el pie en la senda obscura y estrecha de la que nunca se torna *in dietro* como el iniciado egipcio después de traspasar el umbral del santuario.

Ibsen plantea su problema en la precisa forma que requiere para hacer resaltar el drama del alma femenina que vive á lo hondo de sí misma, mientras su medio vive á todo el ancho de la existencia superficial.

Nora ha falsificado la firma de su padre moribundo para obtener dinero con que hacer viajar á su marido que necesitaba convalecer de una grave enfermedad.

Al cometer ese acto tuvo en cuenta dos grandes cosas para su corazón de mujer: ahorrar una molestia á su padre y salvar á su marido!

La idea del robo como la entienden los hombres, que ponen tanta delicadeza en estas cuestiones de dinero, no entra en una cabeza de mujer organizada para aquilatar valores de otro orden, habituada á afrontar los eternos problemas de que las monedas son una vil imposición pasajera.

Cuando nuestro espíritu habita en las regiones en donde no circulan los billetes de

Banco, nos habituamos á darles tan poco valor, que á veces nos olvidamos que existen.

Nora vive bajo la amenaza de aquella deuda contraída.

En su casa es la niña pueril, á quien se mima siempre y no se consulta jamás.

El marido absorto en sus estudios de abogado, debe mirar con desprecio á aquella mujercita ocupada en comprar juguetes para arreglar á los niños el árbol de Navidad!

¡Qué lejos está Nora de las complicadas cosas que el marido estudia en su Código, pero qué inconmensurablemente lejos está el abogado Helmer de la videncia espiritual que inicia a su mujer en los problemas de una vida transcendental que él no vislumbra!

Este primer equívoco originado por la diversidad de naturaleza que el hombre y la mujer traen al mundo, es causa de la incomprensión que nos separa.

Estas distintas naturalezas actúan, como es lógico, en sus planos correspondientes sin poder alcanzarse ni comprenderse jamás.

Mientras el hombre tiene el sentido propio de la vida á que pertenece—el sentido humano por excelencia—la mujer lleva añadida á su sexo una ala de ángel que la remonta á

la esfera superior, sin dejar por eso de seguir perteneciendo á la ingrata tierra con el peso de sus peores imposiciones.

Sólo bajo este punto de vista encuentro razón para que seamos más culpables en la caída que el hombre. Somos, sin duda, más espirituales, y cuando caemos, el hombre y la sociedad nos reprochan instintivamente el no haber batido á tiempo el ala que nos habría impedido mancharnos en el lodo.

La señora Della Guardia hizo una profunda caracterización del tipo de Nora, dándole toda la complejidad y toda la riqueza de matices que supone una doble vida vivida en sus puerilidades infantiles y en sus honduras abismáticas.

Todos los tipos que Ibsen nos presenta al derredor de este drama, tienen cierta intensidad espantosa.

La señora Linde es una criatura de abnegación, que para poder vivir necesita sentirse útil á alguien; el doctor Raaf sigue con científica serenidad el proceso del mal que le servirá para fundar sus teorías en beneficio de la humanidad, y que lo lleva en marcha hacia la tumba con los ojos abiertos. . . . De todos estos personajes el que vive más superficialmen-

te es el abogado Helmer, que está en una exagerada conciencia de la importancia de sus funciones, dentro de ese criterio mundano tan falso aquilatador de valores.

La conversación de Nora con Krostag, que la amenaza con enviar al marido aquel desgraciado documento, empieza á poner en los ojos de Clara Della Guardia la espantosa dilatación de la pesadilla. La mirada parece abrirse sobre las prolongaciones funestas de un hecho irreparable. Se ahondan las consecuencias, se les siente fatales. . .

Luego, cuando Nora habla con su marido, al interceder por el empleado y oír de boca de su esposo la condenación fulminante de la falta de que era reo aquel hombre y que es su propia falta, se turba horriblemente.

Cometer una falsificación! El aire se emponzoña en torno de los que han cometido esa vileza, según el criterio masculino, mientras que la mujer no ve allí más que una falta material que no vicia las verdaderas integridades del alma. . .

Hay otras mentiras, hay otras faltas, que no penan los códigos y que en nuestra conciencia de mujeres constituyen una mancha

indeleble, porque alteran las fuentes mismas de la vida!

En nuestro fuero interno se valorizan las faltas de tan diversa manera!

Un hombre puede pasar por cobarde, por ladrón, pero si es fiel al amor queda intacto á nuestros ojos mientras que todas las prohibiciones y todos los heroísmos no alcanzarán á rescatar una sola deslealtad!

Las mujeres creemos con los místicos que sólo hay un pecado imperdonable: el pecado contra el Espíritu Santo!

Y como siento que tenemos razón, que eso importa por encima de todo, y que lo demás es pueril, ya que únicamente en la transgresión del amor, que es el resumen de la vida, puede dañarse el alma!

Las escenas del drama van esculpiendo aquel carácter de mujer que vive su doble vida en terribles contrastes de profundidades y ligerezas.

Para hablar con Krostag, Nora necesita alejar á su marido diciéndole que va á ensayar su traje de fantasía y en aquella conversación se decide su destino.

Aquel hombre deja al partir en el buzón

del abogado Helmer la carta que lleva la revelación.

Sale el marido de su estudio, Nora borra las nubes de su frente y ensaya la tarantela. Durante el baile tiene la angustia vertiginosa del peligro, gira en la fiebre de la desesperación. . . .

¡Qué trozo tan palpitante de vida humana es aquella danza de mujer! ¡Qué necesidad hay de aturdirse, de robarle todavía al destino unos pocos minutos de inconsciencia! . . .

Es muy hermosa la escena con el doctor, cuando ella quiere abrirle su corazón á aquel hombre que está á punto de desaparecer de la vida, presintiendo que esas criaturas que miran en la eternidad han debido rebajar á su justa proporción los conceptos humanos.

Al comenzar Nora á referirle su historia á ese ser que tiene puesto el pie en el umbral del más allá . . . le cruza el paso la pasión del hombre que todavía está allí y la hace retroceder espantada . . .

El último acto me parece una joya teatral. No se ha llevado ciertamente más lejos la irrupción de los sentimientos encontrados, de las incomprendiones que estallan, de las mise-

rias que se revelan, de las ironías que se apuran en furiosos contrastes... Parece que la vida levantara por un instante su telón, dejando al descubierto la ponzoña que se esconde en las existencias felices, las angustias que encubren nuestras frivolidades, las lágrimas que se deslizan bajo nuestras carcajadas...

La carta está en el buzón, el abogado quiere vaciarlo. Nora se lo impide. Es preciso quitarse toda preocupación aquella noche de fiesta, evitándose las molestias de que son mensajeras las cartas de negocios.

Nora quiere suspender el fallo de la justicia unas cuantas horas, quiere vivir su última noche de muñeca, quiere ser mujer por vez postrera antes de tomar posesión de aquel terrible «yo», que como juez inexorable nos aguarda en el silencio de la alcoba para reclamarnos esa cuenta que tenemos pendiente con la vida y que hemos de pagar hasta el último maravedí.

¡Qué rasgo más deliciosamente femenino!... ¿Por qué no confesarlo? Todas las mujeres, las más profundas como las más frívolas, las más intuitivas como las más inconscientes, reconocerán que la muñeca que hemos revestido nos trae muchos goces, y que al abdicarla

con las dulces adoraciones que inspira, con los mimos que arrastra consigo para seguir ese «yo» adusto y cruel se siente un desgarramiento.

Nora es bastante mujer para despedirse con pena de la muchacha bonita antes de tomar las responsabilidades á que la estrecha su destino!

Hay en ese rasgo honda psicología de lo que constituye la dualidad de la naturaleza femenina en que se mezclan grandezas y pequeñeces, vuelos de águila con caídas de niño. Verdad es que siempre las creaturas que han ahondado en su conciencia moral saben triunfar cuando el deber las llama, sacrificando la mujer de un día al alma eterna.

Nora se va al baile con su marido mientras en aquel buzón la aguarda el terrible mandato del destino..... mandato en que la vida superior reclama sus derechos sobre la mujer frívola, que encanta y se deja amar en el vértigo de la admiración mundana!

En el salón de la casa, Krostag y la señora Linde se explican.

Llegan hasta allí los ecos dulces, apagados y ligeros de la tarantela que revolotea sobre

la fatalidad acumulada, como pasa la vida sobre nuestros dramas mudos cantando su eterna canción leve y dulcísima.

Los ecos de la música, escuchados en aquella hora trágica de la vida que acecha como la fiera su presa para devorarla, tienen una horrible intensidad.

Con un efecto tan pequeño se ha logrado estremecer nuestra sensibilidad en el choque de las corrientes que se disputan nuestra alma: la de abajo y la de arriba!

La vida de nuestro humano corazón, que pelea su último combate con la vida eternamente victoriosa de nuestra alma, están allí entre la carta del buzón y los acordes embriagadores del baile que llegan apagados á la estancia . . .

Vuelven los esposos, salen de la ilusión de la noche de placer y van á entrar en la horrible realidad . . . Nora viene en traje de fantasía . . . hasta ese momento ha llevado un disfraz, se lo va á quitar; la careta va á caer, la muñeca deja su lugar al ser humano . . .

¡Ya era tiempo! El marido vacía su buzón, ella aguarda con la serenidad propia de los grandes momentos . . . porque la vida, en su sabia economía, acumula en nosotros sus fuer-

zas años y años para que toda la reserva entre en juego á la hora del destino.

Las mujeres más debiles ó más tímidas saben ser grandes cuando entran á actuar con su gran «yo» desconocido...

Durante toda la temporada en que vengo observando á Clara Della Guardia en la variedad desu juego escénico, no la había visto dar, como en la obra de Ibsen, ese gran *gesto único* que la llevó á la cima de su arte.

Me había dicho que el rol de Nora lo había estudiado «veramente», pero yo le diría que lo ha estudiado proféticamente...

Ella logró, no sé cómo—ese es su prodigio—asomarnos á la vida trascendental que todos presentimos, aunque no la hayamos vivido...

Sus ojos dilatados, ahondados, fulgurantes, dejaron pasar el infinito... donde todo cambia de nombre, donde cesan el espacio y el tiempo, donde la vida se prolonga hacia adelante y hacia atrás en vertiginosas proporciones.

¿Cómo esta mujer alcanzó ese efecto? No lo sé. Recuerdo sólo que avanzó como sonámbula unos cuantos pasos hacia el público, que levantó sus dos brazos y tiró á ambos la-

dos su cabello negro extendiéndolo lentamente, mientras sus ojos oscuros se hundían en monstruosa perspectiva...

Nos estremecemos ante aquella mirada de mujer que nos sumergió en la eternidad... allí donde se truecan nuestros puntos de vista, donde se realizan nuestros presentimientos y donde la palabra «imposible» pierde para siempre su significado...

No dijo una palabra, pero Ibsen asomó á los ojos de la mujer la vida sin nombre, la vida que lleva al heroísmo ó al martirio, la vida para la cual no somos nadie sino el instrumento de la fuerza universal!

Vida para la cual no hay patria ni familia, ni credo, y que sólo los que la han vivido podrán comprender al poeta, sin hacerle cargos de deserción á deberes que pueden imperar como tales mientras no existan otros mayores para nuestra conciencia íntima...

Viene la explicación. No se necesita. Nora, en su silencio, ha dicho ya todo lo que el autor pone en sus labios. El hombre la desprecia. ¡Naturalmente! le increpa su falta en el diccionario oficial de términos huecos, le deletrea la cartilla humana. ¡Muy bien!

Ella todavía lo siente lógico en su pequeñez, pero cuando en el júbilo del documento reconquistado quiere continuar la vida sobre las antiguas bases, la muñeca se le ha roto en la mano y el presuntuoso abogado se encuentra en presencia, no ya de una mujer débil, que lo ama, sino en presencia de un alma humana, armada de todos sus derechos y consciente de todas sus fuerzas!

Lo que hasta entonces constituía una razón de vivir, ha desaparecido. Nora ha entrado en conciencia de una individualidad que exige la libertad de vivir una vida nueva, lejos de aquel hombre, de aquel extraño á su verdadero ser, compañero de una mascarada en noche de placer...

No pretende ciertamente Ibsen, sentar como principio general que sea lícito para la mujer la deserción del hogar, pero insinúa ¡eso sí! que en determinados casos y para los tipos más avanzados de la especie, el alma tiene un derecho que prima por encima de los deberes sociales, ya que á los nuevos grados de conciencia corresponden deberes también nuevos, y más grandes que redimen los otros.

Cuando la naturaleza llama á un ser á la

realización de una obra especial, fortifica el sentimiento que implica la vocación particular á expensas de los otros y así vemos por ejemplo, que Rousseau sintió tan débilmente la paternidad que llevó sus hijos á la Inclusa, y probablemente la perfecta educación de esos seres al lado de su padre no habría enriquecido á la especie de ejemplares equivalentes al *Emilio* ó al *Contrato Social* en la intelectualidad.

En todo caso, lo que importa es que cada uno responda á la vida por el cumplimiento de los deberes que su conciencia le marque y que están siempre en relación con la hondura del espíritu.

Cada cual cumpla su obra que sólo de ella y no de la del vecino hemos de rendir cuenta más allá. . .

En Alemania, con una inocencia lamentable, suprimieron la última escena de la pieza, que toda entera no es más que el prólogo de la huida de la mujer, falseando el pensamiento de Ibsen, que se propone mostrar que el descubrimiento de ciertos horizontes morales cambia nuestros antiguos deberes por nuevos.

A través de este rasgo, qué razón encontraría á Heine para negarle sus cenizas á la patria,

si esa tierra no fuera al mismo tiempo cuna de Goëthe y de Beethoven, cuya atmósfera moral es la misma en que viven los personajes de Ibsen!

2 de diciembre de 1909.

